

DOMINGO XXIV – ORDINARIO (CICLO A)

Eclesiástico 27.33-28,9.	<i>Perdona la ofensa a tu prójimo, y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas.</i>
Salmo 102.	<i>El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia.</i>
Romanos 14,7-9.	<i>En la vida y en la muerte somos del Señor.</i>
Mateo 18,21-35.	<i>No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.</i>

COMENTARIO A LAS LECTURAS

La Palabra de Dios de hoy nos habla de una de las cosas más difíciles y, al mismo tiempo, más importantes y que mejor nos pueden identificar como cristianos: *el perdón al hermano*, y además, hacerlo al modo de Dios: con una verdad y un amor infinitos.

Pedro pregunta a Jesús: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?» Pedro ya habría escuchado hablar a Jesús acerca del perdón, y le pregunta si en el fondo hay un límite para ese perdón. Y Jesús responde: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete». Es decir, siempre, siempre. El perdón no puede tener límite. El número siete en la biblia representa la totalidad.

Jesús nos cuenta la parábola del hombre al que su señor le perdona una deuda enorme. Pero ese mismo hombre, después de haber recibido misericordia, es incapaz de perdonar una pequeña deuda a su compañero.

Y aquí está la enseñanza: nosotros somos también ese hombre. Dios nos ha perdonado muchísimo más de lo que nosotros podremos jamás perdonar. Hemos recibido gratuitamente su misericordia.

Por eso, el que se sabe perdonado por Dios está llamado a perdonar.

Perdonar no significa decir que el mal estuvo bien, ni olvidar necesariamente lo sucedido. No. Significa no dejar que el rencor y el deseo de venganza se apoderen de nuestro corazón hasta el punto de que puedan gobernarlo. Lo que debe gobernar mi vida y mi alma es el amor. Y un efecto básico de ese amor es el perdón, el *mejor regalo* que decía santa Teresa de Calcuta.

San Pablo nos recuerda hoy algo fundamental:

«Ninguno de nosotros vive para sí mismo... si vivimos, vivimos para el Señor».

Somos del Señor. Y si pertenecemos a Cristo, nuestra vida tiene que ser una vida nueva: no dominada por el odio, el resentimiento o la venganza, sino por el amor y la misericordia.

Quizá hoy Jesús nos pregunta:

¿Hay alguien a quien todavía no he perdonado?

Pidámosle entonces: Señor, Tú que me has perdonado, enséñame a perdonar. Sana mis heridas, quita de mí el rencor y dame un corazón semejante al tuyo. Que, porque soy tuyo, sepa amar, comprender y perdonar.

Que al acercarnos hoy a la Eucaristía recibamos a Cristo y dejemos que Él transforme nuestro corazón.

Porque hemos sido perdonados, vivimos de la misericordia de Dios y, por eso, estamos llamados a perdonar.

«Ya vivamos, ya muramos, somos del Señor». Amén.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

¿Hay alguna persona a la que todavía no he sido capaz de perdonar? ¿Qué me impide hacerlo? Si Dios ha tenido tanta misericordia conmigo, ¿estoy yo dispuesto a tener misericordia con los demás? ¿Estoy dejando que el rencor, la tristeza o el deseo de venganza ocupen un lugar en mi corazón que debería ocupar Cristo? Si, como dice san Pablo, «somos del Señor», ¿se nota en mi vida que pertenezco a Cristo, especialmente en mi manera de amar y perdonar?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
